

EL SALOMONISMO DE VILLALPANDO Y EL PROCESO DE CONCEPCIÓN ÁUREO DEL ESPACIO DENOMINADO CAPILLA DE LORETO EN SAN LUIS POTOSÍ

José Armando Hernández Souberville
Universidad Autónoma de San Luis Potosí

La arquitectura es concepto, representación y después materia. Siguiendo este orden de ideas, encontramos que la capilla de Nuestra Señora de Loreto del ex-conjunto jesuita de la ciudad de San Luis Potosí, cumple con cada una de estas fases.

Los jesuitas llegaron a tierras potosinas en 1623 gracias a la donación de un rico vecino de la localidad de nombre Juan de Zavala, quien era un próspero comerciante y dueño de minas y que se había caracterizado por ser un activo promotor de obras pías, baste citar la donación hecha para la construcción del hospital de los juaninos en la localidad. Don Juan de Zavala heredó \$50,000.00 pesos oro para que los jesuitas pudiesen instalarse en San Luis Potosí y fundar colegio; no alcanzaría a ver esto debido a su muerte, mas en su testamento deja claramente indicado que quien se adjudicase sus bienes –los cuales se pusieron en subasta- donase la citada cantidad a la Compañía de Jesús. Afortunadamente para los jesuitas, fue su sobrino y homónimo, don Juan de Zavala y Fanárraga quien se adjudicó los bienes y procedió a entregar los dineros al provincial Juan Laurencio S.J., quien mandó a Luis de Molina S.J., a fundar la Casa en San Luis Potosí. Tan pronto llegaron los jesuitas a la localidad, don Juan de Zavala se percató que la cantidad donada era insuficiente procediendo por tanto a donar por cuenta propia unos solares para que la Compañía tuviera un inicio más digno; así lo hizo también la propia población potosina y los franciscanos, donando la ermita de la Santa Veracruz con todo su ajuar, iniciando así la estancia jesuita en San Luis Potosí. Al poco tiempo la Compañía se haría de propiedades que le permitiría autonomía económica, llegando incluso a poseer una de las haciendas más importantes de la región, de nombre *“La Parada”*. Bajo estas condiciones se construirá el recinto que ocupa nuestro interés: La capilla de Nuestra Señora de Loreto.

La capilla de Loreto se encuentra ubicada justo en la esquina de Damián Carmona y Álvaro Obregón y forma parte de la Plaza de Fundadores, en la cuadra de lo que hoy es la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, otrora Colegio y conjunto religioso de la Compañía de Jesús. Este recinto corre de forma paralela a la Iglesia del Sagrario, siendo en realidad un espacio accesorio a esta. Dicha capilla fue construida hacia 1709 y se terminó aproximadamente en 1724. La dirección de la construcción corrió a cargo de los padres jesuitas Francisco González, S.J. de 1709 a 1711, Cristóbal Cordero, S.J., de 1711 a 1719 y de 1719 a 1724 el padre Ignacio Mayorga, S.J., siendo los dos últimos prefectos de las congregaciones marianas de la localidad.

La capilla de Loreto se construyó con dos finalidades principalmente: solventar la necesidad de brindar un recinto para las congregaciones marianas que existían en la localidad, las cuales eran a saber la de la Anunciata y la de la Virgen de los Dolores; este espacio serviría para que en ella se llevaran a cabo las actividades propias de la congregación: ejercicios espirituales, misas, reuniones, etc., todo bajo el amparo y la observancia de los jesuitas. Servía también y siguiendo la costumbre de los ignacianos de llevar una advocación de su preferencia a los lugares a los que llegasen a evangelizar y/o educar, para albergar a la advocación mariana de Loreto y el facsímile de la santa Casa que siempre le acompañaba. La capilla serviría por tanto, como un recinto en el cual se veneraría la imagen de la Virgen de Loreto, su sacratísima familia y su Santa Casa, la cual, como era costumbre debía tener las medidas de la original allende Italia (8,71 mts. de largo,

3,76 mts. de ancho y 7,81 mts. de alto), sirviendo todo esto como un ejemplo de vida familiar para la población; santificando así lo doméstico, es decir, lo cotidiano. Esta advocación de origen italiano fue difundida a través del padre Zappa primero y por el propio Juan María Salvatierra jesuita a quien erróneamente y por mucho tiempo se le atribuyó la construcción de la capilla en territorio potosino.

De acuerdo a lo anterior, el espacio debía servir para cubrir dos necesidades: generar un espacio que albergara una réplica con medidas reales de una casa y dos un espacio que sirviera para reunir gente. Ante esto los jesuitas en San Luis Potosí generaron un brillante proyecto, no sólo por solucionar espacialmente el recinto sino por estar sustentado en una idea y un concepto que a la distancia nos parece, una vez desentrañado, más que lógico.

Primero: La capilla de Loreto contenía una réplica de la casa de la Virgen, en la que creció junto a sus padres san Joaquín y santa Ana, en ella le fue anunciado que sería la madre del Salvador, allí viviría con san José y crecería Jesús. Es decir, esta sería la morada terrena del hijo de Dios.

Segundo: La construcción de una iglesia, supone siempre la participación del proceso creador de un recinto divino, al menos en el sentido de que dentro de este se contiene la muestra máxima del legado del Cristo, que es la ostia, alegoría de la carne en la que manifiesta su amor por los hombres. Así, el hombre participa del mismo proceso creador que rige el cosmos, es el recinto sagrado una micro-representación del orden divino, universo codificado a través de muros, cimientos, altares, retablos, etc. Partiendo de esto y tomando en consideración lo anterior, la casa terrena de Jesús debía quedar contenida dentro de una morada que cumpliera las características de la morada celestial, es decir, la Jerusalén celeste de los textos bíblicos, cuyas particularidades reveló el propio Dios y que se consignan en Reyes y Crónicas en el Antiguo Testamento y de la cual se hace mención en el Nuevo Testamento por mediación de Juan.

Muchas interpretaciones del templo que guarda las medidas y las disposiciones reveladas a David por el propio Dios y materializadas por Salomón, se han hecho, incluso en el siglo XIX todavía encontramos intentos de codificar visual y conceptualmente este edificio; sin embargo existe una en particular que es considerada la más pormenorizada representación del Templo de Salomón, la cual contiene no sólo una serie de láminas ilustrativas sino que es un derroche de conocimientos geométricos, matemáticos, bíblicos, etc., siendo propiamente un Tratado de Arquitectura para teólogos; se trata del *In Ezechielem explanationes et apparatus urbi ac templi hierosolymitani* de los jesuitas Jerónimo de Prado, el cual participó solo en el primer tomo y de Juan Bautista Villalpando quien a la postre publicaría los tres tomos que componen esta edición entre 1596 y 1604. Esta edición financiada por Felipe II, junto a la Biblia Poliglota son las dos joyas editoriales de la corona española. Conteniendo todo un despliegue literario y visual de la reconstrucción del Templo de Salomón, toda biblioteca jesuita que se preciara de serlo contenía un ejemplar de la citada edición.

En el colegio jesuita de San Luis Potosí, se encontraba justamente uno de estos ejemplares, como queda consignado en el catálogo de libros confiscados a los jesuitas expulsos en 1767 en la localidad. La idea que tenían los jesuitas al construir la capilla de Loreto en la localidad parece así más que evidente, en ella se representaría la Casa Terrena del Salvador dentro de una representación de la Casa Celeste; así, continente y contenido establecerían una relación en perfecta armonía pero sobre todo en perfecta complementación conceptual, donde cada parte sustenta a la otra. Esto se verifica al analizar el espacio de la capilla, sin dejar de tomar en cuenta que hoy en día ya no existe la representación de la Santa Casa de Loreto en el interior de la capilla, la cual como ya se vio, era la razón de la construcción del espacio.

Pocas son las capillas de Loreto que tienen un espacio tan grande destinado para contener la réplica de la Santa Casa en México, de hecho, la más completa que es la de Tepetzotlán – perteneciente a la Compañía de Jesús- y la de San Miguel de Allende –de los oratorianos-, apenas tienen una pequeña capilla anexa a las naves de los respectivos templos en los que se encuentran, debemos destacar sin embargo el impresionante camarín de Tepetzotlán. La de San Luis es por tanto la capilla más grande destinada a la Virgen de Loreto en México, de hecho, en palabras del jesuita Gerard Decorme, cronista de la congregación ignaciana, es la de San Luis, *“la más bella de las capillas de Loreto que existen”*.

Podemos partir de la portada de la capilla, la cual está solucionada por dos cuerpos imbricados, el primero de ellos modelado por un arco de triunfo flanqueado por –y aquí la primer representación del templo hierosolimitano- sendas columnas salomónicas de marcado helicoides, únicas en San Luis Potosí y en México por su esbeltez y desarrollo ascensional. Este par de columnas representan tanto a *Jachin* como a *Boaz*, nombre destinado a las dos columnas que estaban en el pórtico de entrada, flanqueando el acceso al Templo donde estaba contenida el Arca de la Alianza según se indica en los textos bíblicos. Estas columnas contienen también sendos capiteles que son una representación del capitel expuesto por Villalpando en su tratado acerca de la reconstrucción del Templo de Salomón, al cual le otorga el nombre de capitel para el orden *“armónico”*, palabra clave en este estudio como se verá más adelante y que respecto de ellos dice:

Pero dejadas estas cuestiones, vengamos a la explicación del último capitel presentado en la figura. Con este solo admirable monumento de la antigüedad parecen confirmarse todas las cosas que han sido establecidas por nosotros acerca de las formas de los querubines, puesto que como todo este capitel esté adornado con las formas de dos animales, de los cuales dos alas adornan por una y otra parte los lados, las caras y los pechos, las dos restantes los lados del cabello, las alas más altas, a manera de plumas envueltas que llaman volutas en los ángulos, las componen debajo del ábaco. Estos mismos animales expresan leones con todo el cuerpo, a saber, la cara, las crines, las manos, en cambio, con los cuernos representan bueyes; finalmente con cuatro alas, águilas. Razón por la cual, exceptuada únicamente la forma del hombre, de la cual no aparecen en ellos ningún vestigio, parece que todas las restantes cosas que escribió Ezequiel acerca de los querubines pueden verse referidas en estos animales ... Tomo II Explicaciones parte II, La última Visión, Lib. V Discusión I, Cap. 1, p. 290.

En San Luis Potosí se llevó a pie juntillas lo enunciado por Villalpando ya que los animales se dividieron de tal manera que figurasen a los cuatro evangelistas en una curiosa representación seráfica. En lo particular estos capiteles representan a dos de los cuatro elementos que conforman el tetramorfo, representando aquí a Marcos y a Lucas, mientras que Juan y Mateo son representados en sendas metopas en el friso de la capilla, tal y como se representa también en el Tratado de los jesuitas, quienes en el cornisamento ven la oportunidad de representar en su carácter zoomórfico a los evangelistas. Incluso la figura que representa a Mateo (hombre alado), está tomada de los dos ángeles que resguardan el Arca de la Alianza. El hecho de encontramos estas columnas *salomónicas* y que estas a su vez estén rematadas por elementos tomados directamente del tratado que reconstruye el Templo de Salomón, nos permite inferir la visión que se tenía en la localidad respecto a la construcción del recinto que contendría la réplica de la casa terrena de Jesús.

El segundo cuerpo es una hornacina encastrada por un arco de triunfo dentro del cual encontramos a la Virgen lauretana que viene, sustentada por ángeles y nubes, volando por los cielos (representados en este espacio por el medio círculo que remata el frontis de la capilla), para posarse en ella. El frontón curvo y roto se abre conteniendo un monograma de María, ante la llegada de este elemento que, como en la tradición lauretana, es arrancado de sus cimientos en

Nazareth para ser transportada por ángeles para posarse en Ancona, y en este caso de forma alegórica, en San Luis Potosí.

El interior de la capilla está constituido por una nave sencilla solucionada por una bóveda de lunetos, aunque en su concepción primigenia, su techumbre era plana, es decir, un espacio rectangular, prismático, dentro del cual existían tres retablos, hoy desaparecidos y la representación de la santa Casa de Loreto, misma que llegó hasta poco más de la mitad del siglo XIX como lo consigna el canónigo Francisco Peña quien menciona la existencia de dicha casa hacia 1840, —en forma de jacal de tejado levantado en medio de la capilla—; enunciado peyorativo que, imbuido en el ánimo neoclásico, le mereció el exuberante barroco de esta capilla. Lo interesante es que tanto en este texto como en el inventario de bienes contenidos en la capilla de Loreto confiscados a los jesuitas, se menciona la presencia de la casita, con sus medidas, su mesa de altar, sus retablos y el ajuar de la Virgen de Loreto.

Así, el espacio estaba dividido en tres grandes zonas: la tribuna del coro, la nave y la Casa dentro de la nave, la cual a su vez contenía el sagrario. Esta división nos recuerda la división del Templo de Salomón: El *Ulam*, el *Hekal* y el *Debir*. El primer espacio o vestíbulo de transición queda reflejado en la zona de la tribuna, la cual estaba separada de la nave por un cancel; el segundo espacio sería propiamente la nave, la cual siguiendo la nomenclatura salomónica podríamos llamar también *Santo*; finalmente el espacio más importante que era el *Debir*, en este caso representado por la propia casita de Nazareth, dentro de la cual se encontraba lo más importante; era el *Sancta Sanctorum* del Templo de Salomón donde estaba el Arca de la Alianza y en San Luis, el Sagrario. Así las tres zonas en diferente nivel jerárquico se encontraban perfectamente diferenciadas unas de las otras. Recordemos que la réplica de la Santa Casa era un lugar cerrado de acceso restringido, justo como en el caso del *Debir*, el cual estaba reservado para los sacerdotes.

El hecho de encontrarnos un espacio con estas características tanto externas como internas nos permite deducir la línea de pensamiento que motivó a los jesuitas a construir de esta manera este recinto. Se trata de brindarle a la Casa terrena de Jesús un lógico lugar para estar: la Casa celeste de su padre; manifestando con esto las cualidades del morador: Perfecto Hombre y perfecto Dios. También se trata de participar en la promesa de la vida allende la muerte; la promesa de que, llevando una vida simple, honesta, dentro de la propia familia, tomando como ejemplo a los moradores terrenos (San José como el padre trabajador, abnegado, callado; la Virgen, ejemplo de devoción, madre intachable; Jesús, prototipo de hijo, y Santa Ana y San Joaquín, ejemplos de fe y callada sabiduría) se puede llegar al cielo, más aun, se está amparado por este. Es lo terreno contenido por lo divino.

Ahora bien, no sólo conceptual y formalmente encontramos estas características. La arquitectura como se dijo está basada en ideas, conceptos y en ese tenor, la geometría fundamenta las bases sobre las cuales se estructurará el discurso formal de los espacios; la geometría es justamente la que en primera instancia recrea y constituye el espacio, sin ella, no habría materialización. Lo interesante es que al final la geometría juega un papel importantísimo en la conformación del espacio, es decir, desempeña un papel simbólico que no lo vemos, pero que sí lo percibimos. A esto lo podemos llamar taxis, es decir el entramado invisible dentro del cual se disponen todos los elementos que conforman una construcción material.

En el caso de la capilla de Loreto, nos encontramos que esa taxis está fundamentada en una solución clásica llena de simbolismo: la sección áurea. La sección áurea consiste en dividir un segmento de recta en su media y extrema razón cuyo resultado entre ambas es un número inconmensurable en la siguiente proporción: 1 a 1.618 o 1 a .618, equivalente a *phi*. Este sistema de proporción ha sido un referente geométrico desde la antigüedad, estudiado por los griegos y

re-descubriero por los renacentistas, principalmente Luca Paccioli, quien le dio el sugestivo nombre de *divina proporción*, lo cual, en este sentido lo dota de simbolismo. En el caso de la capilla que aquí se analiza, este número está presente en toda la estructura invisible que le da forma, de allí su particular equilibrio compositivo, su armonía visual y espacial interna y externa, misma que en su momento contuvo, como continente ideal que fue, a la Santa Casa.

Nuevamente empezamos por la portada. La relación existente entre la portada de Loreto tomando como ancho el diámetro descrito por el arco de remate, es decir 6,45 mts., en relación con la altura equivalente a 10,9 mts., es de 1 a 1,688..., número muy cercano a *phi*, existiendo tan sólo una diferencia de 25 centímetros, lo cual es explicable por el quehacer constructivo. Asimismo dentro de la portada encontramos que sus partes están en la misma armonía que el frontis; las columnas que desempeñan un papel fundamental en el discurso simbólico de la capilla mantienen una constante de 34 centímetros en los senos y 21 en las gargantas, lo cual está dentro de la serie aditiva de Fibonacci, misma que se encuentra directamente ligada con la sección áurea debido a la relación existente entre el último número respecto al inmediato anterior, cuyo resultado conforme va creciendo la serie, se acerca más a la razón 1 a 1,618; es decir: $34 / 21 = 1,619...$; la presencia de esta relación en las columnas no es obra de la casualidad, antes al contrario nos permite observar que se cumple con uno de los postulados que desde el tratado de arquitectura de Vitruvio se sugería para una buena arquitectura: la *Euritmia*, es decir, la buena disposición y correspondencia entre el todo y sus partes, o dicho de otra manera, la apariencia conveniente en la composición de los miembros de un edificio.

No sólo es patente en la portada esta proporción, también encontramos que la disposición de la nave cuyo largo es de 27,49 mts y ancho de 8,49 (como media aritmética del ancho de la nave), equivale a una doble sección áurea concatenada, seguida, marcando el centro de la nave justo donde se unen las dos retículas o rectángulos áureos, es decir una proporción a razón de 1 a 3,236, lo que es también 1 a 1,618 x 2. Esta cifra equivale también a $1 + \sqrt{5} + 1$. Finalmente la altura corresponde a la construcción de un rectángulo $\sqrt{5} / 2$, el cual está íntimamente ligado con la sección áurea y con las proporciones de la nave, terminando de consolidarse la euritmia, referida aquí por el equilibrio establecido por las relaciones entre ancho, largo y alto de proporciones armónicas que prevalece en todo el recinto.

La geometría en este sentido juega un papel fundamental ya que de forma simbólica nos recuerda el quehacer divino, que en el caso de la capilla de Loreto se ve representado por la armonía total existente en todas y cada una de sus partes. Crear un recinto religioso, como se dijo anteriormente, equivale a reconstruir el proceso de creación divina, el orden del cosmos está íntimamente ligado a esta concepción. La presencia de proporciones armónicas, llamadas también divinas, se vinculan así con el quehacer de generar un espacio donde justamente lo divino se hará presente.

En Loreto la ideología jesuita se hace patente. Los atributos familiares que se buscaba fueran el común denominador en el espíritu de los congregantes marianos, se ven reflejados en cada una de sus partes: Los Cinco Señores, la Virgen de Loreto, la Santa Casa, el recinto de características salomónicas. Todo se complementa en la capilla para que el discurso ignaciano se recree en un recinto cuyo simbolismo se percibe espacial y materialmente, donde cada una de sus partes está en perfecta armonía con el todo.

La capilla de Loreto es uno más de los múltiples ejemplos con que cuenta este país donde se ve reflejado fielmente el pensamiento de un momento específico de la historia, donde la religiosidad estaba a flor de piel y cada una de las manifestaciones que en este marco se daban, buscaban representar hasta la minucia la ideología y el mensaje que imperaban.

Hoy el interior del recinto nos llega desnudo, ya sin la presencia del facsímil de la Santa Casa siendo así difícil imaginar el espacio en su concepción primigenia. No obstante y a pesar de los años, el espacio sigue vivo, aun es marco de la religiosidad potosina. Con nuevas devociones y otros nombres pero con la misma fe, los potosinos hoy en día siguen acudiendo a Loreto en busca de aquello que desde sus inicios fue el objeto de su construcción: brindar un espacio donde la gente pudiera manifestar a su religiosidad y fe.

Asimismo, el espacio sigue vigente como encuadre del paisaje urbano, rompiendo la monotonía lineal de los edificios adyacentes, sirviendo como marco de múltiples manifestaciones. Resquicio del mundo novohispano, en esa pequeña esquina de la Plaza de Fundadores en San Luis Potosí, aun podemos respirar el aire barroco que en su momento dio vida y lustre al en ocasiones olvidado San Luis del ayer.